PRESENTACIÓN DE *RETÓRICA*. INTRODUCCIÓN A LAS ARTES LITERARIAS

RAFAEL DEL MORAL AGUILERA

Viginia University (Estados Unidos)

Me dijeron el otro día:

Mira, Rafa, si tienes que esconder algún texto, o algunas fotos, o algún video que quieras conservar sin que nadie vea y sin utilizar clave, que las claves se olvidan, y sin buscar un hueco en la casa, que los ladrones encuentran todo, lo grabas en un cedé, lo pones en el primer cajón de tu mesa, a mano, y con un rotulador, en negro, le pones el siguiente título: RETÓRICA. *Así te quedas tranquilo. Puedes estar seguro. Nadie va a mirar ahí.*

Está claro. Tengo un título de libro que echa para atrás; dirigido, en palabras de Juan R. Jiménez, *a la inmensa minoría*.

Me siento, además, como el coronel de la novela de García Márquez: no tengo quien me escriba, no tengo quien me presente…

Si estoy aquí es porque nuestra presidenta Pilar Celma me solicitó que lo hiciera sin precisar más detalles. Hoy he sabido que ella también ha presentado el suyo. Y como yo no conocía aún el desarrollo, le di los títulos de los libros que publiqué en los últimos meses. Solo presentaré uno porque el otro, *Breve historia de las lenguas del mundo*, tal vez interese menos en una asociación dedicada a la lengua española.

LA RETÓRICA ES EL ARTE DE LA LENGUA

Los griegos sabían retórica y apreciaban el arte de la palabra como el de la arquitectura y la escultura, por eso no trabajaban… Ni los de antes ni los de ahora…, al menos eso es lo que dicen...

El gusto por la expresión refinada se extendió como cualquier otro placer estético. Debieron darse a veces situaciones solo destinadas a la exhibición del orador, que tuvo sus oportunidades en ceremoniales como la defensa de héroes legendarios o discursos fúnebres. Un honor para el elegido, tan capaz de crear largos periodos o frases, de am-

plificar la expresión, de mantener un ritmo incitante, y de convencer y emocionar con un tono solemne o majestuoso, a veces lírico, capaz de turbar al auditorio, de despertar entusiasmos. La persuasión equilibrada y bella convence a la inteligencia y excita los sentimientos.

Hoy se entiende también por retórico, con cierto carácter despectivo, al estilo, cultivado o no, exclusivamente cargado de figuras literarias que puede resultar algo falso. En el lenguaje retórico lo convencional, lo no sentido auténticamente y la palabrería, prevalecen sobre la sinceridad y la emoción.

Me avergüenza, lo digo con torpeza, presentarme a mí mismo, y al mismo tiempo, lo voy a confesar, me gusta hablar de mi libro, claro, de la misma manera que les gusta a los padres hablar de sus hijos.

Y puesto que he de hacerlo, lo haré como Lázaro de Tormes, que tampoco tenía quién contara su vida, y el muy pícaro la contó él mismo… Y redactó una historia breve y aguda que le salió como a Leonardo la *Gioconda*, como a Miguel Ángel el *David*, o como a Herrera el *Escorial*…

Le voy a dar momentáneamente la palabra a tres personas, y a ninguna de las que han escrito algo en los periódicos, porque eso se puede consultar en internet con una simple búsqueda.

La primera es la voz del poeta y editor Pío Serrano, que tomó la palabra en la presentación que hizo la editorial Verbum. Dijo que él había publicado cuatro libros míos, pero que había tenido la oportunidad de seguir mi trayectoria y había leído al menos veinte más, y que podía decir con determinación que la mayor virtud de mi prosa era que estaba escrita con toda transparencia, para que la entendiera todo el mundo, con las mejores palabras que podían definir los conceptos, y de esa manera las ideas quedaban transclúcidas al alcance de cualquier lector. Se lo agradecí, claro. Agradecemos los elogios aunque no estemos seguros de si son o no ciertos.

El segundo es un lector anónimo que vino a verme en la *Feria del libro* el día que me tocó firmar ejemplares. Esperó su turno para decirme: *Me compré su libro de retórica. Quería conocerlo. Lo he leído de principio a fin… Me ha dado usted, se lo digo con toda sinceridad, la gran lección de mi vida en literatura. Ahora veo todo claro, ahora entiendo cómo funciona. Solo he venido a saludarlo*. Me sorprendió su emoción… Es difícil creer que no había al menos algo de verdad en sus palabras.

Y el tercero se llama Darío Ruiz y escribió un correo a la editorial dirigido a mí del que destaco algunos párrafos:

Para el *Doctor Rafael del Moral –decía-. Reciba atento saludo. He leído con muchísimo entusiasmo su libro* RETÓRICA Introducción a las artes literarias. *Lo he comprado en la librería Marcial Pons… Le diré, de entrada, que soy ajeno a las ciencias humanas, que pertenezco al ramo de la salud (odontólogo), pero me complace el cultivo del idioma ortodoxo, elegante. Al comenzar a leer la introducción, percibí una sensación mezclada de amargura y soledad, ya que actualmente esta arte parece haber caído en desuso. Esta afirmación aún enaltece más al autor, en cuanto quizás sea uno de los pocos quijotes que no se resignan a que eso suceda. Pues seré otro quijote y ojalá encontremos más. Muchísimas gracias por haber escrito este libro.*

Este libro nació cuando una mañana me invitó a desayunar el editor, sin anunciarme el susto, y me pidió que le preparara un libro sobre *Retórica*, ya que no podía pedírselo ni a Aristóteles, ni a quince sabios más. Y me animó, ponderando mis virtudes, sin ni siquiera mencionar las del griego. No diré lo que me ofreció a cambio, pero sí recordaré las palabras de Larra: *Escribir en Madrid es llorar.* Y yo escribo por encargo desde que dejé de traducir, también por encargo, en busca de completar el desmedrado patrimonio doméstico.

¿Y qué podía decir yo de nuevo? Pues nada, absolutamente nada…

Lo redacté pensando en un lector despistado, en uno de esos que le gusta las poesías o los cuentos y se inscribe en un *taller de escritura.* Me dirigía a él con la intención de desvelar los secretos de la literatura expuestos sin pretensiones. También hay talleres de pintura, y de música…

¿Y quién soy yo para darle consejos a nadie? Ni siquiera el propio Cervantes se habría atrevido, precisamente por ser Cervantes, a dar consejos a nadie.

A estas alturas del carnaval más vale quitarse la máscara.

Selección de ejemplos clásicos y modernos, y también interpretación de los procedimientos que ya los escritores clásicos llevaron a extremos difíciles de superar.

EN ESTA RETÓRICA NO EXISTEN NORMAS NI CONSEJOS

He recogido lo que han hecho los autores clásicos, y los modernos que admiro, y he silenciado a los que detesto, y también he citado a otros para que mis lectores conozcan su inmerecida fama, su ingenuidad, su talento pasajero, su torpeza literaria… y para desahogarme, qué caramba…

Tal vez muchos de los que me están oyendo se estén haciendo la pregunta clave. ¿Y qué le interesa saber a una persona sobre literatura?

En realidad nada, en teoría mucho. Lo fundamental es lo que ya hicieron bien otros. Y eso es lo que he hecho, recoger lo que otros escritores hicieron para elegir un género literario, un título, una estructura, un argumento, un sistema para colocar las palabras, un método para dar una dimensión distinta al sentido habitual de las expresiones de nuestra lengua, una técnica para hacer versos, un medio para colocar una historia en el tiempo, o en el espacio… De manera que este libro recoge lo de los otros, se sumerge en lo que hicieron para superar las dificultades y para elevar la frase al nivel estético que un buen escritor usa para teñir sus líneas.

También lo podría haber llamado, que era otra de mis ideas, *Manual práctico del escritor*, que es una espantosa cursilada, o *Clasificación de los grandes aciertos de los escritores clásicos*, que es de un retórico que espanta.

Lo he organizado en veinte capítulos. Sin grabados, sin cuadros, sin dibujos… Se me podría haber ocurrido poner un sudoku para aligerar las páginas… o un dibujito, pero no lo he hecho…

Los veinte capítulos son como veinte artículos, no todos ellos de obligada lectura. En realidad ninguno es imprescindible. Imaginemos que alguien no se interesa por la poesía, solo la prosa, pues puede saltarse del capítulo once al quince. Imaginemos que solo quiere escribir poesía, pues que prescinda del dieciséis al veinte.

La primera parte, los diez primeros artículos, son comunes a todos los géneros. Y responden a las siguientes preguntas: ¿Quién escribe? Y describo el oficio del autor. ¿A quién se lee y por qué leemos? Y describo el placer estético de la lectura. ¿Qué sistema de escritura tenemos? Y aparecen las propiedades y las inconveniencias de nuestras normas escritas.

Y entramos en la gran unidad del escritor, las palabras, del capítulo cuatro al diez. ¿Qué son? ¿Cómo se relacionan? ¿Cómo y donde aparece la musicalidad? ¿Cómo se crean metáforas impactantes? ¿Cómo multiplicar los efectos de las palabras? ¿Cómo lograr el equilibrio? ¿Qué estilo elegir para contar según qué cosa?

Imaginemos que alguien sabe crear metáforas, sí, pero quiere saber cómo crearon metáforas los escritores clásicos, antiguos y modernos, pues que se lea el artículo o capítulo siete.

Y si el lector se interesa por la poesía, en cuatro capítulos encontrará respuesta a todas sus preguntas.

Y si a alguien le interesa saber cuáles son los andamios de una novela, lo tiene en cinco artículos: uno dedicado a la prosa que bebe en la realidad, tipo crónica, biografía o ensayo; otro a la ficción, tipo novela o cuento. El tercero lo dedico al narrador, al que cuenta la historia, el cuarto a cómo crear personajes de ficción, y el quinto a ala sutil técnica del tiempo y el espacio… Como siempre, con los que son, a mi parecer, los mejores ejemplos.

El último capítulo lo dedico al teatro.

Pues bien. Si alguien quiere llamarle pestiño a este libro, está autorizado, incluso en mi presencia. No me voy a ofender. Lo entiendo. Lo que sí digo es que nada de lo que aquí describo es norma incondicional, pues el arte no tiene reglas, no tiene cánones.

¿QUÉ ES UN MANUAL DE RETÓRICA?

Hay quien cree que un *Manual de retórica* es una cursilada, lo sé. Y hay quien piensa que la expresión *cómo está usted* es más literaria que saludar con un *qué pasa, tío*. Y que *María, te quiero* es una declaración de amor cuidada porque *'Tía estoy por ti',* e incluso *'Tía me molas'* parecen fuera de tono. Seguro que hay quienes prefieren oír algo así como:

Dicen que los ríos crecen cuando deja de llover,
así crece el desconsuelo cuando no te puedo ver.

Pero a otros les parecerá una abultada pedantería.

No hay texto que supere los usos de la navegación por Internet o la programación de tele-veinte o tele-treinta en series como *Sensación de vivir, Aquí no hay quien viva, Física y química o Salvados*. Tampoco se escapan, en aprecio, las letras de un cantautor, o las palabras y gestos de amor de la actriz estadounidense en una película de moda, llámese Kim, Demi o Lisa.

Casi todo el aprendizaje de la literatura en las últimas décadas son sinsabores y fracasos salpicados de alguna excepcional recompensa. Ni el Arcipreste de Hita ni las novelas de Galdós pueden interesar seriamente a más de tres o cuatro estudiantes si a nadie se le ocurre cambiar los enfoques. Y reconozcamos que en un mundo de cifras, estadísticas, resultados, producción y porcentajes, la literatura se pasea por los sueños y pesadillas de unos cuantos distraídos, aunque pocos saben cuán privilegiados son quie-

nes recogen, en silencio, el honroso galardón de recrearse y complacerse con los textos literarios.

Es difícil advertir que la unidad usada en la valoración de las obras literarias no es la retórica, ni el estilo, ni el dominio de la metáfora, ni la coherencia, ni siquiera el tema, ni el humor, ni el gracejo… sino el euro. La moneda europea disfrazada de la gran asignatura del presente y del futuro. Era la literatura un arte, y un oficio las finanzas, hoy pueden pasearse disfrazados. Por eso al lector medio le resulta embarazoso saber lo que quiere, porque no se puede desear lo que se ignora. Imposible amar lo que no se ha probado. Sabemos, sin embargo, que nadie hace planes un sábado por la tarde y acaba diciéndole a los amigos:

Esta noche no salgo, tío, voy a disfrutar en casa leyendo a Unamuno.

Se lee porque leer nunca ha dejado de estar de moda, porque hay gente que prefiere hablar de escritores que de fútbol, y porque la lectura deja un no sé qué distinto, especial, tan placentero o más que otros bienes de nuestro entorno. Pero hay tanta gente que lo ignora… Quienes lo saben, bien se cuidan de divulgarlo.

En los tiempos en que el libro de moda dura unos meses en las librerías, un programa de televisión envejece en cuatro días, los tiernos estudiantes tienen a gala batir records de botellones, y los adultos se recrean narrando sus aventuras por el Caribe o el Mediterráneo en un crucero, no es fácil persuadir con las finuras de *El Quijote*, ni siquiera cuando se cuentan como si tal cosa, como si no merecieran la pena.

En realidad no la merecen, no, que nadie se entere, que nadie levante la alfombra de los antojos.

Lo diré, al fin, don esmerada llaneza: la retórica es maestría, arte, pericia, habilidad para la persuasión, para el buen decir, estética de la palabra, y, en definitiva, literatura.

EXISTEN TANTAS LITERATURAS COMO ESTÉTICOS CONTACTOS ENTRE ESCRITOR Y LECTOR

Esto no sorprende a nadie. El arte es una interpretación personal del mundo y las cosas. Si alguien no experimenta el placer estético en la lectura, quiere decir que no se completa la comunicación literaria. Ya no importa que la torpeza proceda del autor o del lector. No se entienden, y listo. Al margen de todo interés o utilidad práctica, y de

cualquier tipo de tema, la literatura se complace en la sensualidad o en la imaginación, se viste de manera ambigua, y se despliega en fantasía creadora de mundos.

La claridad, la propiedad, el vigor expresivo, el decoro, la corrección y la armonía son virtudes del lenguaje literario, pero no exigencias.

Dentro de la comunicación que se establece entre autor y lector, el placer estético es la función específica del lenguaje literario. En su propensión a procurar que la palabra rompa los límites significativos habituales y adquiera una inesperada capacidad de sugestión, utiliza todos los medios que le proporcionan un alto valor connotativo. Su código es, además del de la lengua, el de la retórica.

Es, al fin y al cabo, deleitarse con la materia artística. El arte produce placer, y el artista se siente feliz en su mundo estético. La literatura es un acto personal, individual, propio. Todo lector, no faltaría más, está autorizado a gozar artísticamente de lo que le atrae, y despreciar lo que le aterroriza.

Pero no lo olvidemos. La literatura está, sin más ambages, allá donde autor y lector quieren encontrarla.

Deseo que quienes lean este libro, que no serán muchos, se apasionen con las ideas sugeridas, y que quienes no lo lean se sientan también recompensados por lo que se ahorran en quebraderos de cabeza.

Muchas gracias por vuestra atención.

BIBLIOGRAFÍA

Del Moral, Rafael. *Retórica: Introducción a las artes literarias*. Madrid: Verbum, 2015.